

Este Camusot, que, para distinguirse de su padre y de su hermano consanguíneo, había añadido á su nombre el de la tierra de Marville, era Presidente de cámara de la audiencia de París en 1844.

Como el antiguo notario Cardot hubiese casado á su hija con su sucesor, llamado Bertier, Pons supo conservar esta comida.

He aquí el firmamento que constituía la familia de Pons y en el cual tan penosamente había conservado éste su derecho al tenedor.

De todas estas casas, aquella en que el artista debía ser mejor acogido, la casa del presidente Camusot, resultaba ser el objeto preferente de sus cuidados. Pero ¡ay de mí! la presidenta, hija del difunto señor Thirion, ujier del gabinete de los reyes Luis XVIII y Carlos X, nunca había tratado bien al primo segundo de su marido. Pons había perdido el tiempo procurando halagar á aquella terrible parienta, pues después de haber dado lecciones gratuitamente á la señorita Camusot, le había sido imposible hacer una música de aquella muchacha. Ahora bien, Pons, con el objeto precioso en la mano, se dirigía en aquel momento á casa de su primo el presidente, que le parecía ser las Tullerías, tanto influjo ejercían sobre su alma las solemnes alfombras verdes, los tapices y los muebles serios de aquella habitación, que parecía ser mansión de la más severa magistratura. ¡Cosa extraña! Pons se sentía feliz en el palacio Popinot, situado en la calle Basse-du-Rempart, sin duda á causa de los objetos de arte que allí había; pues el antiguo ministro, desde su advenimiento político, había contraído la manía de coleccionar cosas hermosas, sin duda para hacer oposición á los políticos que sólo coleccionan en secreto acciones feas.

CAPÍTULO IV

Uno de los mayores goces de los coleccionistas

El presidente Marville vivía en la calle de Hanovre, en una casa comprada hacía diez años por la presidenta, después de la muerte de sus padres, los señores Thirion, que el dejaron unos ciento cincuenta mil francos de economías.

Esta casa, de aspecto bastante sombrío por la parte de la calle, ó sea por la fachada expuesta al norte, goza de la exposición al mediodía por la parte del patio, que es continuado por un hermoso jardín. El magistrado ocupa todo el primer piso, que había sido ocupado por uno de los hacendistas más poderosos del tiempo de Luis XV. Como el segundo piso estuviese ya alquilado á una anciana y rica señora, aquella casa ofrece un aspecto tranquilo y honrado, que trasciende á magistratura. Los restos de la magnífica tierra de Marville, en cuya adquisición había empleado el magistrado sus economías de veinte años, así como la herencia de su madre, se compone del castillo, espléndido monumento, como los hay aún en Normandía, y de una buena quinta de doce mil francos. Un parque de cien hectáreas rodea el castillo. Este lujo regio hoy le cuesta un millar de escudos al presidente, de suerte que la tierra no le da en total más que nueve mil francos. Estos nueve mil francos y su sueldo procuraban entonces al presidente una fortuna de unos veinte mil francos de renta, suficiente en apariencia, sobre todo esperando la mitad que debía cobrar de la herencia de su padre; pero la vida de París y las conveniencias de su posición habían obligado á los señores de Marville á gastar la casi totalidad de sus rentas, tanto, que hasta 1834 estuvieron casi siempre apurados.

Este inventario explica el por qué la señorita de Marville, joven de veintitrés años, no se había casado aún, á pesar de sus cien mil francos de dote y del cebo de sus esperanzas, hábil y frecuentemente presentado, aunque en vano. Hacía cinco años que el primo Pons escuchaba las quejas de la presidenta, que veía casados á todos los sustitutos y padres ya á todos los jueces de entrada, después de haber hecho brillar inútilmente las esperanzas de la señorita Marville á los ojos poco encantados del joven vizconde Popinot, hijo primogénito del rey de la droguería.

Al llegar á la calle de Choiseul, y á punto de entrar en la de Hanovre, Pons sintió esa inexplicable emoción que atormenta á las conciencias puras, infligiéndole los suplicios que sufre el mayor de los bandidos al ver á un gendarme, emoción que le fué causada únicamente por la incertidumbre de saber cómo le recibiría la presidenta. Aquel grano de arena que le desgarraba las fibras del corazón no había llegado á redondearse nunca, sino que, por el contrario, sus ángulos

se hacían cada vez más agudos, y los criados de aquella casa afilaban incesantemente sus aristas. En efecto, el poco caso que los Camusot hacían de su primo Pons y su falta de dinero, influía en los criados, los cuales, sin faltar á las consideraciones debidas, le tenían por un pobre.

El enemigo capital de Pons era la camarera de las señoras de Marville, una tal Magdalena Vivet, solterona seca y escuálida. Esta Magdalena, á pesar de su tez barrosa, ó tal vez á causa de ello y de su longitud viperina, se había propuesto casarse con Pons. Magdalena presentó en vano sus veinte mil francos de economías al anciano célibe, pues Pons rehusó aquella dicha. Por esta causa aquella pava de antesala, que pretendía llegar á ser prima de sus amos, le hacía las mayores diabluras al pobre músico.

—¡Ah! ahí está el gorrón—exclamaba Magdalena, procurando que la oyese cuando sentía al buen hombre en la escalera.

Si le servía á la mesa, por estar ausente el ayuda de cámara, echaba poco vino y mucha agua en el vaso de su víctima para procurarle la labor difícil de llevarse á la boca un vaso colmado de líquido sin verter una gota. Aquello era, en fin, la guerra del inferior impune contra su superior desgraciado. Ama de llaves y camarera á la vez, Magdalena estaba con los señores Camusot desde que éstos se habían casado; había visto á sus amos en la penuria de sus comienzos en provincias, cuando el señor era juez del Tribunal de Alençon; les había ayudado á vivir, cuando, siendo el señor Camusot presidente de la Audiencia de Nantes, fué nombrado juez de instrucción de París en 1828. Magdalena pertenecía, pues, á la familia, y no le faltaban razones para vengarse de ella. Aquel deseo de hacerle á la orgullosa y ambiciosa presidenta la jugarreta de ser prima del señor, debía ocultar uno de esos odios sordos engendrado por múltiples circunstancias.

—Señora, ahí está el señor Pons, y nada menos que con *spencer*—fué á decir Magdalena á la presidenta.—Debería decirnos por qué procedimiento lo ha conservado veinticinco años.

Al oír pasos de hombre en el pasillo que había entre el saloncito y su dormitorio, la señora Camusot miró á su hija y se encogió de hombros.

—Magdalena, siempre me avisa usted con tan poca oportu-

nidad, que nunca me da usted tiempo de tomar una resolución—dijo la presidenta.

—Señora, Juan ha salido, yo estaba sola, el señor Pons llamó, le abrí, y, como es casi de la casa, no pude evitar que me siguiese. Ahí está desembarazándose de su *spencer*.

—¡Pobre Minette mía, nos ha cogido!—dijo la presidenta á su hija.—Ahora tendremos que comer aquí. ¿Cómo quieres que nos desembaracemos de él para siempre?—repuso al ver la cara de lástima que puso su hija.

—¡Oh, no, pobre hombre! privarle de una de sus comidas—respondió la señorita Camusot.

En el saloncito resonó la falsa tos de un hombre que parecía decir: «Os oigo».

—Bueno, que entre—dijo la señora Camusot á Magdalena, volviendo á encogerse de hombros.

—Primo mío, ha venido usted tan temprano que nos ha sorprendido en el momento en que mamá iba á vestirse—dijo Cecilia Camusot afectando acento cariñoso.

El primo Pons, que había visto el movimiento de hombros de la presidenta, se sintió tan cruelmente ofendido que no supo qué decir, y se contentó con esta frase profunda:

—Primita mía, usted siempre está encantadora.

Y en seguida, volviéndose hacia la madre para saludarla, repuso:

—Querida prima, espero que no tomará usted á mal el que haya venido un poco antes que de costumbre; le traigo lo que me hizo usted el favor de pedirme.

Y el pobre Pons, que partía por el eje al presidente, á la presidenta y á Cecilia cada vez que los llamaba *primo* ó *prima*, sacó del bolsillo interior de su levita una preciosa cajita oblonga de madera de santa Lucía, divinamente labrada.

—¡Ah! ya la había olvidado—dijo secamente la presidenta.

¿No era atroz esta exclamación? ¿no le quitaba todo el mérito á la atención del pariente, cuya única culpa consistía en ser un pariente pobre?

—Pero, qué bueno es usted, primo mío—añadió la madre.—Y ¿cuánto dinero le he de dar por esta bagatela?

Esta pregunta causó una especie de estremecimiento interior al primo, el cual tenía la pretensión de pagar todas sus comidas con la ofrenda de aquella joya.

—Yo creí que me permitiría usted regalársela — dijo Pons con voz conmovida.

—¡Cómo! ¡cómo! — repuso la presidenta; — entre nosotros no hemos de andar con ceremonias, pues ya nos conocemos. Ya sé que usted no es bastante rico para permitirse estos lujos. ¿No basta ya que se haya usted tomado el trabajo de buscarla?

—Querida prima, seguramente que no quería usted este abanico si tuviese que pagar su valor — replicó el pobre hombre ofendido, — pues es una obra maestra de Wateau, que lo pintó por los dos lados; pero, no se apure usted, prima mía, porque sólo he pagado la centésima parte de su valor.

Decirle á un rico que es pobre, es como decirle al arzobispo de Granada que sus homilias no tienen ningún valor.

La señora presidenta estaba demasiado orgullosa de la posición de su marido, de la posesión de la tierra de Marville y de sus invitaciones á los bailes de la Corte, para no sentirse atacada en lo más vivo ante una observación semejante, sobre todo partiendo de un miserable músico, á quien consideraba como su protegido.

—¿Tan tontos son los comerciantes á quienes compra usted estas cosas? — se apresuró á decir la presidenta.

—En París no hay comerciantes tontos — replicó Pons con sequedad.

—Entonces será que tiene usted mucho talento — dijo Cecilia para calmar la discusión.

—Primita mía, yo tengo talento para conocer las obras de Lascrete, de Pater, de Wateau y de Grenn; pero tengo sobre todo el deseo de agradar á su querida mamá.

Ignorante y vanidosa, la señora Camusot no quería parecer que recibiese la menor cosa de su gorrón, y como no conocía el nombre de Wateau, su ignorancia secundaba admirablemente sus deseos. Si alguna cosa puede expresar hasta dónde llega el amor propio de los coleccionistas, que es ciertamente uno de los más vivos, pues rivaliza con el amor propio de autor, es la audacia que Pons acababa de tener llevando la contraria á su prima por primera vez en veinte años. Estupefacto ante su propio atrevimiento, Pons tomó una actitud papista, detallando á Cecilia las bellezas de las varillas de aquel maravilloso abanico. Pero para tener una idea

de la trepidación cardíaca de que era presa Pons, es necesario hacer un ligero bosquejo de la presidenta.

Á los cuarenta y seis años, la señora de Marville, que era, de joven, pequeña, rubia, gorda y fresca, seguía siendo pequeña, pero se había vuelto muy seca. Su frente bombeada, su boca hundida, contribuían á que su aire, desdeñoso por naturaleza, pareciese ceñudo. La costumbre de ejercer un poder absoluto en su hogar, había vuelto dura y desagradable su fisonomía. Con el tiempo, su cabellera rubia se había vuelto castaña, y sus ojos, vivos aún y cáusticos, afectaban un ceño judicial cargado de contenidos deseos. En efecto, la presidenta era casi pobre en medio de la sociedad de burgueses advenedizos que solían convidar á Pons. Cecilia no le perdonaba al rico droguero que había sido presidente del Tribunal del comercio, el que hubiese llegado á ser, sucesivamente diputado, ministro, conde y par, ni le perdonaba á su suegro el que se hubiese presentado diputado en detrimento de su hijo el mayor, cuando la promoción de Popinot para la dignidad de par. Después de diez y ocho años de servicios en París, la presidenta esperaba aún para Camusot la plaza de Consejero del Tribunal de Casación, para cuyo cargo estaba, por otra parte, incapacitado según se sabía en Palacio. El que era ministro de Justicia en 1844, lamentaba el nombramiento de Camusot para la presidencia; pero ocupaba la Sala de acusaciones, donde gracias á su práctica de Juez de instrucción prestaba buenos servicios dictando sentencias. Estos desengaños, después de haber envejecido á la presidenta, que no dejaba de conocer el poco valor de su marido, la hacían terrible. Su carácter malo, ya de por sí, se había agriado, y más envejecida que vieja se hacía áspera y seca como un cepillo para obtener por temor lo que el mundo se sentía dispuesto á negarle. Mordaz hasta el exceso, tenía pocas amigas é imponía mucho por haberse rodeado de algunas viejas devotas de su calidad, que la aguantaban á cambio de la revancha. Resultaba, pues, que las relaciones del pobre Pons con aquel diablo con enaguas, eran las de un escolar con un maestro que sólo habla con la férula en la mano. La presidenta no se explicaba, pues, la súbita audacia de su primo é ignoraba el valor del regalo.

—¿Y dónde ha encontrado usted esto? — preguntó Cecilia examinando la joya.

—En la calle de Lappe, en casa de un anticuario que aca-

baba de traerla de un palacio que se ha deshecho cerca de Drens, Aulnay, un palacio que habitaba á veces la señora de Pompadour antes de que se hubiese construido Menars. Se han salvado las maderas más espléndidas que se han conocido, y son tan hermosas que Luciard, nuestro célebre escultor, ha comprado como non-plus-ultra del arte dos marcos ovales... Había allí verdaderos tesoros. Mi anticuario ha encontrado este abanico sobre un centro de marquetería que yo hubiera comprado, si coleccionan esa clase de obras; pero ¿quién puede hacerlo? Un solo mueble de Reisener vale de tres á cuatro mil francos. Se empieza á reconocer en París que los famosos marqueteros alemanes y franceses de los siglos XVI, XVII y XVIII, han compuesto verdaderos cuadros de madera. El mérito del coleccionista consiste en anticiparse á la moda. Miren ustedes, dentro de cinco años se pagarán en París las porcelanas de Froukental, que yo colecciono hace veinte años, dos veces más caras que la pasta de Sèvres.

—¿Qué es eso de Froukental?—dijo Cecilia.

—Es el nombre de la fábrica de porcelanas del *Electon Palatino*; es más antigua que nuestra manufactura de Sèvres, del mismo modo que los famosos jardines de Heilderberg, arruinados por Turena, tuvieron la desgracia de existir antes que los de Versalles. Sèvres ha copiado mucho de Froukental. Los alemanes, hemos de hacerles justicia, hicieron antes que nosotros cosas admirables en Sajonia y en el Palatinado.

La madre y la hija se miraron como si Pons les hablase en chino, pues no es posible imaginarse cuán ignorantes y exclusivas son las parisienses, las cuales no saben más que lo que se les enseña, cuando quieren aprenderlo.

—¿Y en qué conoce usted lo que es de Froukental?

—¿Y la firma!—dijo Pons con entusiasmo;—todas esas magníficas obras están firmadas. La de Froukental lleva una C y una T (Carlos Teodoro) entrelazadas y rematadas por una corona de príncipe. La de Sajonia antigua tiene sus dos espadas y el número de orden de oro. Vicennes firmaba con un cuerno. Viena tiene una V cerrada y reforzada. Berlín tiene dos barras, Mayenza tiene la rueda, Sèvres las dos LL y la porcelana de la Reina una A que quiere decir Antonieta, y en su parte superior una corona real. En el siglo XVIII todos los soberanos rivalizaron en la fabricación de

la porcelana. Se disputaban á los obreros. Wateau dibujaba servicios para la manufactura de Dresde y sus obras adquirieron precios locos. (Es preciso entender por qué hoy Dresde lo repite y los imita muy bien). Entonces se fabricaron cosas admirables que nunca volverán á hacerse.

—¡Ah! ¡bah!

—Si, en lo sucesivo ya no volverán á fabricarse ciertas obras de marquetería ni ciertas porcelanas, como tampoco volverá á haber Rafaeles, Ticianos, Rembrandt, Van-Dick, ni Cranach. Miren ustedes, los chinos son muy hábiles, muy diestros, y sin embargo imitan hoy las hermosas obras de su porcelana llamada el *Gran Mandarín*... Dos vasos del Gran Mandarín antiguos valen seis, ocho ó diez mil francos; mientras que se imitan modernos por doscientos francos.

—¿Está usted bromeando!

—Prima, ¿le asombran á usted estos precios? ¡Si esto no es nada! Un servicio completo para una comida de doce personas, de pasta tierna de Sèvres, que no es porcelana ni mucho menos, no sólo vale cien mil francos sino que es el precio de factura. Por un servicio de esta clase se pagaba en Sèvres el año 1750 cincuenta mil francos, y esto no habrá quien me lo niegue, porque he visto yo facturas originales.

—Volvamos á este abanico—dijo Cecilia, que lo encontraba demasiado viejo.

—Ya comprenderá usted que tan pronto como su mamá me hizo el honor de pedirme un abanico, yo me puse á la caza de él—repuso Pons.—Corrí todas las tiendas de París sin encontrar nada bonito, porque deseaba una obra maestra para mi querida presidenta, y pensaba darle el abanico de María Antonieta, el más bonito de todos los abanicos célebres. Pero ayer quedé deslumbrado ante esta bonita obra, que ha sido encargada indudablemente por Luis XV. ¿Que por qué he ido á buscar un abanico á la calle de Loppe, á casa de un auvernés que vende hierros viejos y muebles dorados? Porque yo creo en la inteligencia de los objetos de arte, los cuales conocen á los aficionados y los llaman haciéndoles: «¡Chts! ¡chts!»

La presidenta se encogió de hombros mirando á su hija, sin que Pons pudiese ver aquella rápida mímica.

—Yo conozco á todos esos tenderos.—¿Qué tiene usted de bueno, papá Monistrol? ¿Tiene usted algún tapiz? le pregunté á este comerciante, que me permite ver sus adquisi-

ciones antes de que las vean los grandes anticuarios. Contando á mi pregunta, Monistrol me cuenta que Licuard, que estaba trabajando en la capilla de Drens en esculturas para la casa real, había salvado en la venta de Aulnay las maderas labradas de las manos de los tratantes de París, los cuales se ocupaban de porcelanas y de muebles con incrustaciones. «No he adquirido gran cosa, pero creo que podré ganarme el viaje con esto», me dijo, y me enseñó un centro que era una maravilla, con dibujos de Boucher, ejecutado con gran arte... aquello es adorable. «Mire usted, señor, acabo de encontrar en un cajón que he tenido que descerrar por no encontrar la llave, este abanico. ¿Podrá usted decirme á quién puedo vendersele?» Y esto diciendo, me sacó esta cajita labrada de madera de santa Lucía. ¡Oh! le respondió la caja es bonita y podría convenirme; pero el abanico, me dijo el viejo Monistrol, no sabría qué hacer de él, porque no tengo ninguna señora Pons á quien ofrecérselo; por otra parte, hoy se fabrican muy bonitos. Se pintan hoy las telas muy baratas y con milagroso arte. ¿Ignora usted acaso que hay dos mil pintores en París? Y abriría el abanico conteniendo mi admiración y mirando friamente estos dos cuadrillos, hecho con una galanura y facilidad maravillosa. ¡Tenía en mi poder el abanico de la señora de Pompadour!—¿Cuánto quiere usted por el mueble? le pregunté.—¡Oh! mil francos ya me los dan. Entonces yo le ofrecí por el abanico un precio equivalente á sus gastos de viaje, examiné la cara que ponía y vi que tenía cogido á mi hombre. Inmediatamente meto el abanico en la caja á fin de que el auvernés no se ponga á examinarlo y me extasíó ante el trabajo de esta caja, que es verdaderamente una joya.—Si lo compro, le dije á Monistrol, es por esto. La caja es lo único que me tienta. Respecto al centro, sacaré usted más de mil francos, porque mire usted, estos cobres son cincelados, y como esto ha sido hecho únicamente para la señora de Pompadour, puede usted explotarlo. Y mi hombre, entusiasmado con su mueble olvida el abanico y me lo da casi por nada, en pago de la relación que le hice de la belleza de aquel mueble de Riesener. Pero se necesita mucha práctica para hacer esta clase de compras, que son verdaderos combates de golpe de vista y ¡vaya un golpe de vista que tienen los judíos y los auvernianos!

—¡Qué original!

—¿De modo que le divierte á usted eso?—preguntó la presidenta.

Pons, helado al oír esta pregunta, sintió deseos de pegar á la presidenta y repuso:

—Pero, prima querida, ¿si esto es ir á caza de obras de arte! ¿Y se encuentra uno con adversarios que defienden la pieza hasta la muerte! Es la lucha de la astucia contra la astucia. Una obra maestra guardada por un auvernés ó por un judío, es algo así como una de aquellas princesas guardadas por encantadores, que se ven en los cuentos de hadas.

—Y ¿cómo sabe usted que esto es de Vat...? ¿Cómo dice usted?

—Vatteau, prima mía, uno de los pintores franceses más ilustres del siglo xviii. Mire, ¿no ve usted la firma?—dijo enseñándole una de esas escenas que representaban una danza bailada por falsas aldeanas y por grandes señores vestidos de pastores.—¡Qué gracia! ¡qué colorido! Y está hecho de unas cuantas pinceladas. ¡Y en el otro lado! Miren ustedes, un baile en un salón. Representa el invierno y el verano. ¡Qué adornos! ¡y qué bien conservado está! Miren, el ribete es de oro, y está rematado por una línea de rubíes que yo he limpiado.

—Primo mío, siendo así, no podré aceptar de usted un objeto de tanto valor. Vale más que lo aproveche usted—dijo la presidenta, la cual no deseaba otra cosa que guardar aquel magnífico abanico.

—Ya es tiempo de que lo que ha servido para el vicio esté en manos de la virtud. Habían sido precisos cien años para operar este milagro. Esté usted segura de que en la corte ninguna princesa tendrá nada comparable á esta obra maestra, pues, desgraciadamente, es propio de la naturaleza humana hacer más por una Pompadour que por una virtuosa reina.

—Está bien, acepto—dijo la presidenta riéndose.—Cecilia, ángel mío, vete á ver á Magdalena, á fin de que la comida sea digna de nuestro primo.

La presidenta quería contrarrestar el valor del abanico, y esta recomendación hecha en voz alta, en contra de las leyes del buen tono, tenía tales apariencias de pago, que Pons se ruborizó como una joven cogida en renuncio. Aquella arenilla, un tanto demasiado gruesa, rodó durante algún tiempo por su corazón. Cecilia, joven muy roja, cuyo porte afectaba

la gravedad judicial del presidente y la sequedad de su madre, desapareció dejando al pobre Pons en poder de la terrible presidenta.

CAPITULO V

Una de las mil humillaciones que tiene que soportar un gorrón

—¡Qué linda es mi pequeña Lilal!—dijo la presidenta empleando la infantil abreviación que se daba antes al nombre de Cecilia.

—¡Encantadora!—respondió el anciano músico dando vueltas á sus pulgares.

—Yo no comprendo los tiempos en que vivimos—respondió la presidenta.—¿De qué sirve ser hija de un presidente de la Audiencia de París, que es comendador de la Legión de Honor, y nieta de un diputado millonario, futuro par de Francia, y el más rico almacenista de sedas?

La fidelidad del presidente á la nueva dinastía le había valido recientemente el cordón de comendador, favor atribuido por algunos envidiosos á la amistad que le unía con Popinot. Como se ve, este ministro, no obstante su modestia, había permitido que le nombrasen conde *únicamente por su hijo*, según había dicho á sus numerosos amigos.

—Hoy no se aprecia más que el dinero—respondió el primo Pons;—sólo se tiene consideraciones á los ricos, y...

—Pues ¿qué sería si el cielo me hubiese dejado á mi pobre Carlitos?—exclamó la presidenta.

—¡Oh! con dos hijos sería usted pobre—repuso el primo.—Esto es efecto del reparto por igual de los bienes; pero no tenga usted cuidado, prima mía, Cecilia acabará por casarse bien. No veo en ninguna parte una joven tan dispuesta.

He aquí hasta dónde llegaban las humillaciones de Pons en casa de sus anfitriones: repetía sus ideas y las comentaba de un modo vulgar, á la manera de los coros antiguos, sin atreverse á entregarse á la originalidad que distingue á los artistas.

—Pero ¡si yo me casé únicamente con veinte mil francos de dote!

—Pero eso era en 1819, prima mía—dijo Pons interrumpiéndola,—y eso que era usted una mujer de talento protegida por el rey Luis XVIII.

—Pero, en fin, mi hija es un ángel de perfección y de talento, posee un corazón excelente, tiene cien mil francos de dote, sin contar las esperanzas, y, sin embargo, permanece soltera.

La señora de Marville habló de su hija y de sí misma por espacio de veinte minutos, entregándose á los lamentos propios de las madres que tienen hijas casaderas. Después de veinte años que el anciano músico comía en casa de su único primo Camusot, el pobre hombre aun estaba esperando una palabra de interés acerca de sus negocios, de su vida y de su salud. Por otra parte, Pons era en todas partes una especie de receptor de las confidencias domésticas, pues ofrecía las mayores garantías de discreción, ya que una sola palabra aventurada le hubiera cerrado las puertas de diez casas; su papel de oyente iba acompañado de una aprobación constante: sonreía á todo, no acusaba ni defendía á nadie, y para él todo el mundo tenía razón. Así es que no se consideraba como hombre, era un estómago. Durante aquella larga conversación, la presidenta confió á su primo, aunque no sin grandes precauciones, que estaba dispuesta á aceptar ciegamente para su hija cualquier partido que se le presentase, llegando á considerar como un buen negocio un hombre de cuarenta y ocho años, con tal que tuviese veinte mil francos de renta.

—Cecilia tiene veintitrés años, y si por desgracia llegase soltera á los veinticinco ó veintiséis, sería sumamente difícil casarla, preguntándose el mundo entonces por qué una joven permanece tanto tiempo soltera. Ya empieza á hablarse mucho de su celibato entre nuestros contertulios, y nosotros hemos agotado ya las razones vulgares: «Es muy joven.» «Quiere demasiado á sus padres para dejarlos.» «Es feliz en casa.» «Es difícil de contentar, porque desea un hombre de porvenir.» En fin, yo comprendo que el ridículo empieza á rodearnos, y, por otra parte, la pobre Cecilia se cansa de esperar y sufre.

—¿Y por qué?—preguntó estúpidamente Pons.

—Porque se siente humillada al ver que todas sus amigas se casan antes que ella—respondió la madre en tono de dueña.

—Pero, prima mía, ¿qué cambio se ha operado aquí desde que tuve el honor de comer por última vez, para que piense usted en un hombre de cuarenta y ocho años?—dijo humildemente el pobre músico.

—Lo que ha pasado es que habíamos de tener una entrevista en casa de un consejero de la audiencia, cuyo hijo, de treinta años de edad, posee una fortuna considerable y acaba de ser nombrado refrendario del Tribunal de cuentas por recomendación de mi esposo. Pero acaban de decirnos que ese joven ha hecho la locura de irse á Italia detrás de una duquesa, lo cual equivale á una negativa disimulada. En fin, lo que opino es que no quieren consentir en la boda de ese joven, cuya madre ha muerto y que disfruta ya de treinta mil francos de renta, sin contar la fortuna de su padre. Así es que, primo querido, debe usted perdonarnos nuestro mal humor, porque ha llegado en plena crisis.

En el momento en que Pons buscaba una de esas respuestas de cumplido, que se le ocurrían siempre demasiado tarde cuando se hallaba en casa de anfitriones á quienes temía, entró Magdalena, le entregó una carta á la presidenta y esperó la respuesta. He aquí el contenido de la carta:

«Mi querida mamá: Si nosotras supusiéramos que esta carta nos ha sido enviada de la Audiencia por papá diciéndote que fueses á comer conmigo á casa de su amigo para reanudar la cuestión de mi matrimonio, el primo se iría y nosotras podríamos llevar á cabo nuestros proyectos en casa de Popinot.»

—¿A quién ha enviado el señor?—preguntó en seguida la presidenta.

—A un ordenanza de la Audiencia—respondió descaradamente la seca Magdalena.

Con esta respuesta, la vieja criada indicaba á su ama que ella había urdido aquel complot, de acuerdo con su impaciente hija.

—Dígale usted que mi hija y yo estaremos allí á las cinco y media.

Una vez que Magdalena hubo salido, la presidenta miró al primo Pons con esa falsa amabilidad que produce en un alma delicada el mismo efecto que producen el vinagre y la leche mezclados en la lengua de un goloso.

—Mi querido primo, la comida está dispuesta y podrá

usted comer aquí sin nosotras, porque acaba de escribirme mi marido desde la Audiencia advirtiéndome que se reanuda el proyecto del matrimonio con el consejero y que nos espera á comer en casa de éste... Como que entre nosotros no ha de haber cumplidos, obre usted aquí como si estuviese en su casa. Ya ve la franqueza con que le trato á usted, para quien no tengo secretos... Supongo que no querrá usted desbaratar el matrimonio de nuestro ángel.

—Al contrario, prima mía, lo que yo querría es encontrarle un marido; pero en el círculo en que yo vivo...

—Sí, no es probable—repuso insolentemente la presidenta.—De modo que se queda usted, ¿verdad? Cecilia le hará compañía mientras yo me visto.

—¡Oh! prima mía, puedo ir á comer á otra parte—dijo el buen hombre.

Pons, aunque estaba cruelmente afectado por las maneras que empleaba la presidenta para reprocharle su indigencia, se sentía aún más espantado ante la perspectiva de encontrarse solo con los criados.

—No, ¿para qué? la comida está ya lista, y de todas maneras, se la comerían los criados.

Al oír esta horrible frase, Pons se irguió como si hubiese sentido la descarga de una pila galvánica, saludó friamente á su prima y salió á ponerse el *spencer*. La puerta del dormitorio de Cecilia, que daba al saloncito estaba entreabierta, de suerte que, mirando al espejo, Pons vió á la joven riéndose á carcajadas y hablando á su madre por señas que denotaban alguna cobarde burla hecha al anciano artista. Pons bajó lentamente la escalera reteniendo las lágrimas: se veía arrojado de aquella casa sin saber por qué.

—Ahora soy demasiado viejo, y el mundo siente horror por la vejez y por la pobreza, que son dos cosas demasiado feas—se decía Pons.—¡Ya no quiero ir más á ninguna parte sin invitación!

¡Frase heroica...!

La puerta de la cocina, situada en el piso bajo, enfrente de la portería, permanecía casi siempre abierta, como en las casas ocupadas por los propietarios, cuya puerta cochera permanece siempre cerrada. El buen hombre pudo, pues, oír las risas de la cocinera y del ayuda de cámara, á los que Magdalena contaba la jugarreta hecha á Pons, pues no suponía que el mismo dejase la casa tan pronto. El ayuda de

cámara aprobaba en voz alta aquella broma hecha á un amigo de la casa, que, según él, sólo daba un escudo de aguinaldo.

—Sí, pero si se enfada y se va—advirtió la cocinera,—siempre serán tres francos perdidos para nosotros el día de año nuevo.

—Pero, ¿cómo ha de saber lo que le han hecho?—dijo el ayuda de cámara respondiendo á la cocinera.

—¡Bah!—repuso Magdalena.—Un poco antes ó un poco después, ¿qué más nos da? Aburre de tal modo á los dueños de las casas adonde va á comer, que acabarán por echarlo de todas partes.

En este momento el anciano músico decía á la portera:

—¿Me hace usted el favor de abrir?

Y estas dolorosas palabras fueron acogidas con profundo silencio en la cocina.

—¡Nos estaba escuchando!—dijo el ayuda de cámara.

—Peor para él, ó, más bien dicho, mejor; pues así acabaremos de una vez—replicó Magdalena.

El pobre hombre, que había oído todo el coloquio de la cocina, escuchó aún esta última frase, y se volvió á su casa por los bulevares, en el mismo estado en que se hallaría una anciana después de sostener encarnizada lucha con unos asesinos.

Hablándose á sí mismo, andaba con convulsiva rapidez, pues su honor herido le empujaba como una paja llevada por un viento huracanado. Por fin, se encontró en el bulevar del Temple, á las cinco de la tarde, sin saber cómo había ido allí; pero, ¡cosa extraordinaria! no sintió el menor apetito.

Ahora, para comprender la revolución que iba á armar en su casa la vuelta de Pons á aquella hora, se hacen aquí necesarias las explicaciones prometidas acerca de la señora Cibot.

CAPÍTULO VI

Modelo de porteros (macho y hembra)

La calle de Normandía es una de esas calles en las cuales se puede uno creer en provincias: la hierba florece en ellas, y un transeunte es un acontecimiento, porque todo el mun-

do se conoce allí. Las casas datan de aquella época de Enrique IV, en que se proyectó un barrio cada una de cuyas calles llevase el nombre de una provincia, y en el centro del cual debía hacerse una hermosa plaza dedicada á Francia. La idea del barrio de Europa sólo fué la repetición de este plan. El mundo se repite en todo en todas partes, hasta en especulación.

La casa donde vivían los dos músicos es un antiguo palacio entre patio y jardín; pero la parte delantera que da á la calle había sido construida cuando la excelsiva fama que gozó el Marais durante el siglo XVIII. Los dos amigos ocupaban todo el segundo piso del antiguo palacio. Aquella doble casa pertenecía al señor Pillerault, octogenario que tenía abandonada la administración de la misma á los señores Cibot, sus porteros hacía veintiséis años. Ahora bien, como no se dan emolumentos bastantes á un portero del Marais para que pueda vivir de su portería, el señor Cibot unía á su profesión de portero los recursos de su industria personal: era sastre, como lo son muchos porteros. Con el tiempo, Cibot dejó de trabajar para los maestros sastres, pues á causa de la confianza que le demostraba la clase media del barrio, gozaba del inatacable privilegio de hacer los arreglos, los remiendos y las vueltas de todas las ropas en un perímetro de tres calles. La portería era ancha y sana; había contiguo á ella un cuarto, y el matrimonio Cibot pasaba por uno de los más felices entre todos los porteros del barrio.

Cibot, hombrecito achaparrado, que se había vuelto casi aceitinado á fuerza de estar sentado á lo turco, ganaba con su oficio unos cinco francos diarios. Aunque tenía cincuenta y ocho años, trabajaba aún; bien es verdad que á los cincuenta y ocho años es la edad más hermosa para los porteros, porque entonces se han acostumbrado á su portería, la cual pasa á ser para ellos como la concha á la ostra, y, además, son conocidos en el barrio.

La señora Cibot, antigua desbulladora, había dejado su puesto del Cuadrante Azul por amor á Cibot, á la edad de veintiocho años, después de todas las aventuras que encuentra sin buscarlas una hermosa ostrera. La belleza de las mujeres del pueblo dura poco, sobre todo cuando permanecen á la intemperie á la puerta de una fonda. Los cálidos rayos de la cocina se proyectan sobre sus facciones

endureciéndolas; los restos de las botellas bebidas en compañía de los mozos, se infiltran en su tez, y ninguna flor madura primero que la de una hermosa ostrera. Afortunadamente para la señora Cibot, el matrimonio legítimo y la vida de portera llegaron bastante á tiempo para conservarla, y vivió como un modelo de Rubens, conservando una belleza viril. Los tonos de su carne podían compararse, por su brillo, á los de la manteca fresca, y, no obstante su gordura, desplegaba una portentosa agilidad en el desempeño de sus funciones. La señora Cibot alcanzaba la edad en que esa clase de mujeres se ven obligadas á afeitarse. ¿No equivale esto á decir que tenía cuarenta y ocho años? Una portera con bigote es una de las mayores garantías de orden y seguridad para un propietario. Si Delacroix hubiese podido ver á la señora Cibot apoyada altivamente en su escoba, ciertamente que hubiese hecho de ella una Belona.

La posición de los dos esposos Cibot, ¡cosa singular! debía afectar algún día á la de los dos amigos; así es que el historiador, para ser fiel, se ve obligado á entrar en algunos detalles referentes á la portería. La casa daba unos ocho mil francos al año, pues tenía tres habitaciones completas que daban á la calle y tres en el antiguo palacio entre patio y jardín. Además, un cerrajero de viejo llamado Remonencq ocupaba una tienda que daba á la calle. Este Remonencq, que se había hecho anticuario hacía algunos meses, conocía tan bien el valor de las antigüedades de Pons, que le saludaba desde el fondo de su tienda siempre que el músico entraba ó salía. El cinco por ciento del alquiler daba unos cuatrocientos francos á la señora Cibot, la cual tenía además gratis casa y leña. Ahora bien, como los honorarios de Cibot producían de siete á ochocientos francos anuales, los dos esposos reunían una renta de mil seiscientos francos, la cual se comían los Cibot, que vivían mejor que las gentes del pueblo.

—¡No se vive más que una vez!—decía la Cibot, la cual, nacida durante la Revolución, ignoraba, como se ve, el catecismo.

De sus relaciones con el *Cuadrante Azul*, esta portera de ojos anaranjados y altivos había sacado algunos conocimientos culinarios que contribuían á que su marido fuese objeto de la envidia de todos sus colegas. Consecuencia de todo esto fué que los Cibot, al llegar á la edad madura, al un-

bral de la vejez, no tenían ni doscientos francos de economías. Bien vestidos y bien alimentados, gozaban en el barrio de una consideración debida á veintiséis años de estricta prohibición. Pero si no poseían nada, no debían un céntimo *na* nadie, según decía la señora Cibot, que solía prodigar la *n* en su lenguaje y decía á veces á su marido: «Eres un *namor*.» ¿Por qué? Preguntarle esto sería como preguntarle la razón de su indiferencia en materias religiosas. Orgullosos ambos de su conocida vida, de la estimación de seis ó siete calles y de la autocracia que les daba el propietario sobre la casa, gemían en secreto porque no tenían rentas. Cibot se quejaba de dolores en las manos y en las piernas y su mujer deploraba que su pobre Cibot se viese aún obligado á trabajar á su edad. Aun llegaría día en que después de treinta años de vida análoga, algún portero acusará al gobierno de injusticia y pretenderá que se le dé la condecoración de la Legión de Honor. Siempre que los comentarios del barrio le hacían saber que tal criada, después de ocho ó diez años de servicios, obtenía por testamento tres ó cuatrocientos francos de renta vitalicia, empezaban de portería en portería las quejas, que pueden dar una idea de la envidia que devora á las profesiones ínfimas en París.

—¡Ah! nunca nos dejarán nada á nosotros en testamento. Nosotros no tendremos esa suerte, y sin embargo somos más útiles que los criados. Nosotros somos gente de confianza, cobramos la renta y velamos por los intereses de los amos; pero lo que pasa es que nos tratan lo mismo que si fuésemos perros.

—Todo depende de tener ó no tener suerte—decía Cibot disponiéndose á llevar una prenda á un parroquiano.

—Si yo hubiese dejado á Cibot en la portería y me hubiese puesto cocinera, ahora tendríamos treinta mil francos ahorrados—exclamaba la Cibot con los brazos en jarras hablando con su vecino.—Yo he entendido mal la vida creyéndome que consistía en ir bien vestida y bien calzada en una portería y en no carecer de nada.

En 1836, cuando los dos amigos fueron á ocupar juntos el segundo piso del antiguo palacio, produjeron una especie de revolución en el matrimonio Cibot. He aquí cómo: Smuke, lo mismo que su amigo Pons, tenía la costumbre de encargar la limpieza de sus habitaciones á los porteros ó porteras de la casa. Los dos músicos fueron, pues, de opi-

nión de entenderse con la señora Cibot para que fuese su ama de llaves por la suma de veinticinco francos mensuales, ó sea doce francos cincuenta cada uno. Al cabo de un año la emérta portera reinó en casa de los dos solterones como reinaba en la casa del señor Pillerault, tío segundo de la señora condesa de Popinot; los negocios de ellos fueron los suyos y decía *mis dos señores*. Por fin, al ver que los dos amigos eran mansos como corderos, fáciles de contentar, nada desconfiados y verdaderos niños, la Cibot, llevada de su corazón de mujer del pueblo, empezó á protegerlos, á adorarlos y á servirlos con una abnegación tan verdadera que les largaba de vez en cuando algunos sermones y les ponía de relieve todos los engaños que aumentan en París los gastos del hogar. Por veinticinco francos mensuales los dos solterones, sin premeditarlo ni sospecharlo siquiera, adquirieron una madre. Al notar el valor de la señora Cibot los dos músicos le tributaron ingenuamente mil elogios y le dieron pruebas de agradecimiento con propinas que contribuyeron á aumentar más los lazos de aquella alianza doméstica. La señora Cibot prefería mil veces más ser apreciada en su valor que pagada. Cibot hacía á mitad de precio los encargos, los arreglos de la ropa y todo lo que concernía al servicio de los dos señores de su mujer.

Por fin, al cabo de dos años, surgió un nuevo elemento de mutua amistad entre el segundo piso y la portería. Smuke convino con la señora Cibot un trato que satisfizo su pereza y su deseo de vivir sin ocuparse de nada. Mediante seis reales diarios, ó sean cuarenta y cinco francos al mes, la señora Cibot se comprometió á dar comida y cena á Smuke. Pons, encontrando muy satisfactoria la comida de su amigo, contrató también con la Cibot su almuerzo por diez y ocho francos mensuales. Este comportamiento, que aumentó en unos noventa francos mensuales el sueldo de los porteros, convirtió á los dos inquilinos en seres inviolables, en ángeles en querubines, en dioses. Es muy dudoso que el rey de los franceses estuviese servido como lo estuvieron los dos amigos. Para ellos, la leche salía pura de la lechería, leían gratuitamente los periódicos del primer piso y del tercero, cuyos inquilinos se levantaban tarde y á los cuales hubiese dicho en caso de necesidad, que los periódicos no habían llegado. Por otra parte, la señora Cibot mantenía la habitación, las ropas y el descansillo de la escalera en un estado de limpieza

irreprochable. Smuke, por su parte, gozaba de una dicha que no había esperado nunca, pues la señora Cibot le hacía la vida agradable. Daba unos seis francos al mes por el lavado y planchado de la ropa, y gastaba unos quince francos en tabaco al mes. Estas tres clases de gastos formaban un total mensual de sesenta y seis francos, los cuales, multiplicados por doce, forman la suma de setecientos noventa y dos francos. Unid á esto doscientos francos de alquiler, y tendréis mil doscientos francos. Cibot vestía á Smuke, y por término medio, este gasto ascendía á ciento cincuenta francos. Aquel profundo filósofo vivía, pues, con mil doscientos francos anuales. ¡Cuántas gentes de Europa cuyo único pensamiento es venir á vivir á París quedarán agradablemente sorprendidos al saber que se puede vivir bien, con mil doscientos francos de renta, en la calle de Normandía bajo la protección de una señora Cibot!

La señora Cibot quedó estupefacta al ver que el buen Pons volvía á las cinco de la tarde. Este hecho no sólo no había tenido lugar nunca, sino que además *su señor* no la vivió ni la saludó.

—Mira, Cibot, el señor Pons está loco ó se ha hecho millonario—dijo la Cibot á su marido.

—Tal creo—replicó Cibot dejando caer la manga de una levita que estaba trabajando.

CAPÍTULO VII

Un ejemplar vivo de la fábula *Los dos pichones*

En el momento en que Pons entraba maquinalmente en su casa, la señora Cibot acababa la comida de Smuke. Esta comida consistía en cierto guisado, cuyo olor trascendía á toda la casa. Consistía en menudos de buey aderezados con manteca y con trozos de cebolla hasta que la manteca hubiese sido absorbida por la carne y por las cebollas. Este plato, que ofrecía el aspecto de un frito, era amorosamente repartido por la portera entre Cibot y Smuke, en unión de una botella de cerveza y de un pedazo de queso, todo lo cual bastaba para que quedase satisfecho el anciano alemán. Y creed bien que el rey Salomón en su gloria no comía mejor que Smuke. Tan pronto este guisado con cebollas, ya

menudos de pollo salteados, ya pescado con salsa inventada por la Cibot, salsa con la cual se hubiera comido una madre á su hijo sin apercebirse, tal era la comida ordinaria de Smuke, el cual se contentaba sin decir palabra con todo lo que le servía la buena señora Cibot. De día en día, la buena portera había disminuído este ordinario hasta poder hacerle por la suma de un franco.

—Ya que tengo hecha la comida del señor Smuke, voy á ver lo que le ha pasado á ese buen hombre—dijo la señora Cibot á su esposo.

La señora Cibot cubrió la cazuela de barro con un plato de porcelana común, y á pesar de su edad, llegó á la habitación de los dos amigos en el momento en que Smuke le abría á Pons.

—¿Qué te *ocuge*, amigo mío?—dijo el alemán asustado al ver la fisonomía desencajada de Pons.

—Ya te lo diré todo: vengo á comer contigo.

—¡Á *comeg*, á *comeg*!—exclamó Smuke encantado.—¿Pues posible?—añadió pensando en las costumbres gastronómicas de su amigo.

En este momento, Smuke vió que la señora Cibot, en señal de amistad, le daba las llaves legítima, estaba escuchando, y entonces, movido por una de esas inspiraciones que sólo nacen en el corazón de un amigo verdadero, se encaminó hacia la portera y llevándola hacia el descansillo, le dijo:

—Señora Cibot, á ese buen Pons le gustan las cosas buenas. Vaya usted á la fonda inmediata y pida una buena comida: anchoas, *macagones*; en fin, una comida de Lúculo.

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó la señora Cibot.

—*Quiegue decig* un buen plato de *cagne*, otro de pescado, una botella de vino de *Bugdeos*, todo lo *mejog* que tengamos como croquetas de *agoz*, etc. Pague usted y no diga nada que mañana le *dagué* yo el *dinego*.

Smuke entró en su habitación con aire gozoso frotándose las manos; pero su cara tomó gradualmente una expresión de estupefacción al oír el relato de las desgracias que acababan de herir el corazón de su amigo. Smuke procuró consolar á Pons haciéndole una descripción del mundo tal como él lo entendía. París era una tempestad perpetua, los hombres y las mujeres se dejaban llevar por el torbellino de un furioso vals, y era necesario no pedirle nada al mundo, el cual sólo mira al exterior y no al interior. Por centésimas

vez, le contó que de año en año, las tres únicas discípulas á quienes quería, por las cuales hubiese dado la vida y que le habían dado pruebas de cariño señalándole una pensión de trescientos francos, le habían ido olvidando poco á poco, y eran arrastradas por la corriente de la vida parisiense con tal violencia, que en tres años no había podido lograr que lo recibieran (bien es verdad que Smuke se presentaba en casa de estas grandes damas á las diez de la mañana).

—Y sin *embaggo*, son *cogazones* de *ogo*—repuso.—En fin, pequeñas santas Cecílias, damas *encantadogas*, la *señoga* de *Pogtenduegue*, la *señoga* de Vandenesse, la *señoga* de Tillet. Cuando yo las veo, es en los Campos Eliseos sin que ellas me vean... Y sin *embaggo*, me *quiegen* bien y yo podría *ig* á *comeg* con ellas, *segugo* de que se *alegraguan*. Podría *ig* también á su casa de campo; *pego presiego estag* con mi amigo Pons, *pogque* así lo veo cuando *quiego* todos los días.

Pons tomó entre las suyas las manos de Smuke, se las estrechó de un modo que parecía querer comunicarle su alma entera, y ambos permanecieron así algunos minutos, como amantes que vuelven á verse después de una larga ausencia.

—Come aquí todos los días—repuso Smuke, que bendecía interiormente la dureza de la presidenta.—*Miga*, *iguemos* juntos á *comprag* antigüedades, y ni el diablo podrá *mezclage* en nuestra casa.

Para comprender las palabras verdaderamente heroicas *compraremos antigüedades*, es preciso confesar que Smuke poseía una ignorancia crasa en materia de arte. Era necesario todo el poder de su amistad para que Smuke no rompiese nada en el salón y el gabinete que servían á Pons de museo. Smuke, entregado por completo á la música y compositor por temperamento, consideraba todas las anticuallas de su amigo como una chifladura, y sólo respetaba aquellas obras maravillosas á causa del respeto que manifestaba Pons al quitarles el polvo. Á las admiraciones de su amigo, el alemán respondía con un: «Sí, es muy bonito», como responde una madre á los gestos de un niño que no habla aún. Desde que los dos amigos vivían juntos, Smuke había visto que Pons había variado siete veces de reloj, cambiando siempre el inferior por otro de mejor calidad. Pons poseía entonces el magnífico reloj de Boule, un reloj de ébano con incrustaciones de cobre y guarnecido de esculturas. Boule ha tenido dos estilos, como Rafael ha tenido tres. En el primero unía

el cobre con el ébano, y en el segundo empleaba la concha habiendo hecho verdaderos prodigios para vencer á sus competidores, inventores de la marqueteria de concha. No obstante las sabias demostraciones de Pons, Smuke no veía la menor diferencia entre el magnífico reloj de Boule que había tenido la primera vez y los diez restantes. Pero al ver la alegría de Pons, Smuke tenía más cuidado con todos aquellos objetos que su mismo amigo. No hay, pues, que extrañar el que la palabra sublime de Smuke hubiese tenido poder para calmar la desesperación de Pons, pues el *compraremos juntos antigüedades* quería decir: «Si tú comes aquí yo también emplearé dinero en esas cosas».

—Los señores están servidos—fué á decir con un aplomo asombroso la señora Cibot.

Se comprenderá fácilmente la sorpresa de Pons al ver y saborear la comida debida á la amistad de Smuke. Esta clase de sensaciones tan raras en la vida, y no provienen de la fidelidad continua, gracias á la cual dos hombres se dicen continuamente: «Tienes en mí otro tú mismo» no; son causadas por la comparación de esos testimonios de la dicha de la vida íntima con las barbaries de la vida del mundo. Cuando dos grandes almas se han unido con el amor ó con la amistad, el mundo contribuye á unir de nuevo á los dos amigos ó á los dos amantes. Así es que Pons se enjugó dos gruesas lágrimas, y Smuke, por su parte, tuvo que secarse los ojos humedecidos por el llanto. No se dijeron nada pero se amaron más y se hicieron signos con la cabeza, cuyas expresiones balsámicas aliviaron los dolores que la presidenta había causado al pobre corazón de Pons. Smuke se frotaba las manos hasta arrancarse la epidermis, pues había concebido una de esas invenciones que no asombran á un alemán hasta que han brotado rápidamente en su cerebro congelado por el respeto debido á sus príncipes soberanos.

—Mi buen Pons—dijo Smuke.

—Te adivino, quieres que comamos juntos todos los días.

—*Quisiega seg bastante gico paga que comiegas* todos los días así—respondió melancólicamente el buen alemán.

La señora Cibot, á quien Pons daba de cuando en cuando entradas para el teatro, lo cual contribuía á elevarle á la misma altura que Smuke, hizo entonces la siguiente proposición:

—¡Pardiez! por tres francos, sin el vino, puedo hacerle

todos los días una comida para los dos tan succulenta, que se chuparán los dedos y dejarán los platos como fregados.

—Lo *ciegto* es—respondió Smuke—que yo como *mejor* con lo que me guisa la *señoga* Cibot que si *comiega* con el *gey*.

Llevado de su esperanza, el respetuoso alemán llegó hasta imitar la irreverencia de los periódicos criticando el precio fijo de la mesa regia.

—¿De veras?—dijo Pons.—Bueno, mañana lo veré.

Al oír esta promesa, Smuke saltó de un extremo á otro de la mesa arrastrando el mantel, los platos y las copas, y abrazó á Pons de un modo que sólo es comparable á la unión de un gas con otro gas cuando existe entre ellos afinidad.

—¡Qué *fojtuna!*—exclamó.

—¡El señor comerá aquí todos los días!—dijo orgullosamente la señora Cibot enternecida.

Sin conocer el acontecimiento á que debía el cumplimiento de sus anhelos, la excelente señora Cibot bajó á la portería, dejó en la cocina los platos y las fuentes y exclamó:

—Cibot, corre á buscar dos medias tazas al café del Turco, y dile al mozo que son para mí.

Y después se sentó, y, apoyando las manos en las rodillas y contemplando por la ventana la pared de la casa de enfrente, exclamó:

—Esta noche iré á consultar á la señora Fontaine.

La señora Fontaine echaba las cartas á todos los criados, cocineros, lacayos y porteros del Marais.

—Desde que estos dos señores han venido á nuestra casa, tenemos dos mil francos en la caja de ahorros. ¡En ocho años! ¡qué suerte! ¿Será preciso que no gane nada en la comida del señor Pons para servirle bien? La señora Fontaine me lo dirá.

Al ver que ni Pons ni Smuke tenían herederos, hacía unos tres años que la señora Cibot acariciaba la idea de heredar á sus señores, y había redoblado su celo llevada de este pensamiento ambicioso. Comiendo fuera de casa todos los días, Pons se había librado hasta entonces de la completa esclavitud en que quería tener la portera á sus señores. La vida nómada de aquel anciano trovador coleccionista, alejaba las vagas ideas de seducción que revoloteaban en el cerebro de la señora Cibot, y que se convirtieron en un plan formidable á contar desde aquella memorable comida. Un cuarto de hora después, la señora Cibot reapareció en el comedor ar-

mada de dos excelentes tazas de café con sus correspondientes copitas.

—¡Viva la señora Cibot!—exclamó Smuke.—Me ha adivinado.

Después de algunos lamentos del gorrón, que reprendió a Smuke por las atenciones que el pichón sedentario había tenido con el pichón nómada, los dos amigos salieron juntos. Smuke no quiso dejar á Pons en la situación en que le había colocado la conducta de los amos y criados de la casa Camusot, pues conocía á Pons y sabía que sus reflexiones, horriblemente tristes, podían embargarle cuando ocupaba su asiento magistral en la orquesta y destruir el buen efecto de su dirección. Á eso de las dos de la noche, Smuke acompañó á Pons á casa llevándole del brazo, y como hace un amante con su adorada amada, le indicaba los lugares en que empezaba ó acababa la acera, le advertía dónde había un charco, y hubiera querido que las aceras fueran de algodón, que el cielo estuviere azul y que los ángeles hiciesen oír á Pons su música celestial. El alemán había conquistado la última provincia de aquel corazón que no le pertenecía por completo.

Durante unos tres meses, Pons comió todos los días con Smuke. Al principio se vió obligado á mermar en ochenta francos al mes la suma de sus adquisiciones, pues necesitó unos treinta y cinco francos de vino, además de los cuarenta y cinco que le costaba la comida. A pesar de los cuidados y de los reclamos de Smuke, el anciano artista empezó á echar de menos los platos delicados, las copitas de licor, el buen café, la charla, las falsas cortesías y las maledicencias de las casas donde acostumbraba á comer. En el ocaso de la vida, no es fácil abandonar una costumbre que dura treinta y seis años. Una carga de vino de ciento treinta francos tiene pocos atractivos para un goloso; así es que siempre que Pons se llevaba el vaso á los labios, recordaba con penetrante pena los exquisitos vinos de sus anfitriones. Al cabo de tres meses, los atroces dolores que habían estado á punto de lacerar el corazón delicado de Pons, se habían amortiguado, y ya no pensaba más que en los atractivos de la sociedad, como piensa un viejo en la querida que tuvo que abandonar por ser culpable de demasiadas infidelidades. Aunque intentase ocultar la profunda melancolía que le devoraba, el anciano músico parecía evidentemente atacado

por una de esas enfermedades inexplicables, cuya causa es originada por la parte moral. Para explicar esta nostalgia producida por una costumbre abandonada, bastará indicar una de las mil insignificancias que, semejantes á las mallas de una cota, aprisionan el alma con red de hierro. Uno de los placeres más vivos de la antigua vida de Pons, y una de las dichas del gorrón, es la *sorpresa*, la impresión gastronómica del plato extraordinario, de la golosina añadida triunfalmente por la dueña de casa, que quería dar un aire de fiesta á su comida. Esta delicia del estómago había desaparecido para Pons, pues la señora Cibot siempre anticipaba por orgullo la clase de comida que pondría. El aliciente periódico de la vida de Pons había desaparecido por completo. Sus comidas pasaban sin lo inesperado de aquello que llamaban nuestros abuelos *el plato cubierto*. Y esto era lo que Smuke no podía comprender. Pons era demasiado delicado para quejarse, y si algo hay que sea más triste que el genio desconocido, es el estómago no comprendido. El corazón cuyo amor es rechazado, este drama que tanto engaña, descansa en una falsa necesidad, pues si la criatura nos cansa, se puede amar al Creador, el cual puede dispensarnos grandes favores. Pero ¡el estómago! nada puede ser comparado con sus sufrimientos, porque la vida es ante todo. Pons echaba de menos ciertas cremas, que eran verdaderos poemas, ciertas salsas blancas, verdaderas obras maestras, ciertos trufados, verdaderos amores, y, sobre todo esto, las famosas carpas del Rin, que sólo se hallan en París, ¡y qué bien condimentadas! Ciertos días, Pons exclamaba: «¡Oh Sofía!» pensando en la cocinera del conde Popinot. Al oír este suspiro, cualquier transeunte hubiera creído que el buen hombre pensaba en alguna amante, cuando en realidad se trataba de una cosa más rara, de una carpa acompañada de una salsa capaz de merecer el premio Montión. El recuerdo de aquellas comidas hizo enflaquecer considerablemente al director de orquesta, atacado de una nostalgia gástrica.

A principios del cuarto mes, á fines de enero de 1845, el joven flautista, que se llamaba Wilhem, como casi todos los alemanes, y Schwab, para distinguirse de todos los Wilhem, lo cual no le distinguía de todos los Schwak, juzgó necesario instruir á Smuke acerca del estado del director de orquesta, que preocupaba á todo el teatro. Era el día de una primera representación.

—El buen Pons declina, su mirada es triste, el movimiento de su brazo se debilita, algo le pasa—dijo Wilhem Schwab señalando al buen hombre cuando subía á ocupar su silla con aire fúnebre.

—A los sesenta años todos somos lo mismo—respondió Smuke.

Smuke, semejante á aquella madre de las crónicas de Canongate, que, para gozar de su hijo veinticuatro horas más, lo hace fusilar, era capaz de sacrificar á Pons por el placer de que comiese con él todos los días.

—Todo el mundo se ha fijado en su decaimiento, y, como dice nuestra primera bailarina, la señorita Luisa Brisetout, Pons casi no hace ruido al sonarse.

El anciano músico parecía tocar el cuerno cuando se sonaba, siendo este ruido la causa de uno de los constantes reproches que la presidenta hacía al primo Pons.

—*Dagja cualquieg cosa pog distraeglo*, pues veo que se abuge,—dijo Smuke.

—A decir verdad, el señor Pons me parece un ser tan superior á nosotros, que no me atreva á invitarle á mi boda—dijo Wilhem Schwab.—Me caso.

—¿Y cómo?—preguntó Smuke.

—¡Oh! muy honradamente—respondió Wilhem, que vió en la pregunta de Smuke una burla de que era incapaz aquel perfecto cristiano.

—Vamos, señores, á su sitio—dijo Pons dirigiéndose á los de la orquesta cual si se tratara de un pequeño ejército después de haber oído el primer toque de campanilla.

Se ejecutó la overtura de la *Desposada del Diablo*, pieza de magia que obtuvo cien representaciones. En el primer entreacto, Wilhem y Smuke se quedaron solos en la orquesta. La atmósfera de la sala estaba lo menos á treinta y dos grados Reamur.

—Cuénteme usted su historia—dijo Smuke á Wilhem.

—Mire, ¿ve usted en el proscenio á aquel joven? ¿Lo conoce usted?

—No.

—¡Ah! porque lleva guantes amarillos y brilla con todos los rayos de la opulencia; pero es mi amigo Fritz Brunner de Francfort-sur-Maine.

—¿Aquel que venía á *veg* la función á la orquesta cegca de usted?

—El mismo. ¿Verdad que nadie creería en semejante metamorfosis?

Aquel héroe era uno de esos alemanes cuya figura contiene á la vez la mofa sombría del Mefistófeles de Goethe y la sincera sencillez de las novelas de Augusto La Fontaine, de pacífica memoria; la astucia y la franqueza, la aspereza de los mostradores y el abandono razonado de un miembro del Jockey-Club; pero, sobre todo, el aburrimiento que pone la pistola en manos de Werter, mucho más aburrido de los príncipes alemanes que de Carlota. Era verdaderamente una figura típica de Alemania. Mucho de juicio y mucho de sencillo, tontería y valor, un saber que produce el fastidio, una experiencia que resulta inútil con la menor puerilidad y el abuso de la cerveza y el tabaco; pero para realzar todas estas antítesis, una chispa diabólica en unos hermosos ojos azules, un tanto fatigados. Vestido con la elegancia de un banquero, Fritz Brunner ofrecía á las miradas de toda la sala una cabeza calva, de un color ticianesco, á ambos lados de la cual se ensortijaban algunos cabellos de un color rubio subido, que la miseria y la crápula le habían dejado para que tuviera derecho á pagar un barbero el día de su restauración financiera. Su cara, fresca y hermosa antaño como la del Jesucristo de los pintores, había adquirido cierta acritud que unos bigotes rubios y una barba rala hacían casi siniestra. El azul puro de sus ojos había perdido su pureza luchando con las penas. Finalmente, las mil prostituciones de París habían esfumado los párpados y el cerco de sus ojos, donde una madre veía antaño con embriaguez, una divina réplica de los suyos. Aquel filósofo prematuro, aquel joven anciano, era la obra de una madrastra.

Aquí comienza la historia de un hijo pródigo de Francfort-sur-Maine; el hecho más extraordinario y más raro que haya ocurrido jamás en aquella villa juiciosa, aunque central.